

ALFAGUARA



Kyoichi Katayama

El año de Saeko

El año de Saeko

1.

En el incesante ir y venir de la multitud, sólo destacan unos pasos que se acercan. Producen una cierta sensación de soledad. Aunque su cadencia no es especialmente irregular, son los únicos que se alzan hasta alcanzar su oído. Resaltan, distintos, en el rumor del tránsito, atraviesan la muchedumbre sin confundirse con ningún otro sonido. Poseen una nitidez extraña, como si alguien hubiese perfilado la silueta de un dibujo trazado a lápiz. Tal vez sea eso lo que distorsione su percepción de la distancia, ya que, aunque los pasos no pueden estar ya lejos, lleva percibiéndolos a lo largo de un espacio de tiempo sorprendentemente largo. En realidad, este sonido que se ha adueñado de su oído debe de estar ya muy próximo.

Piensa: «¡Ya viene! ¡Ya viene!», y los pasos se acercan escapando al flujo del tránsito. Poseen una claridad casi siniestra, como si se deslizaran hacia ella atraídos por el hilo de sus pensamientos. Se aproximan, más y más, devorando la distancia. Llegan hasta muy cerca, parece que vayan, casi, a penetrar en la casa, pero cesan de repente. Por unos instantes, un silencio que parece estar acechando algo se adueña de los alrededores. Poco después, lo sucede el rumor de una moneda deslizándose por la ranura, el estrépito de un producto que cae, una voz que dice: «¡Gracias por su compra!»: la serie de sonidos característicos de una máquina expendedora automática y, cuando ésta enmudece, los pasos que empiezan a alejarse y vuelven a fundirse en el flujo de la multitud.

—Es obsesivo. No puedo librarme de la sensación de que se acerca un extraño —dijo Saeko—. Un descono-

cido se dirige hacia aquí. Veo, como si la tuviese delante, la imagen de sus dedos cerrándose sobre una moneda en el interior del bolsillo, me sobresalto cada vez que percibo sus pasos.

—No puedes seguir así —dijo Shun'ichi mientras se preparaba para ir al trabajo—. Piensa que su objetivo no es la casa, sino un paquete de tabaco. Por más que se acerquen, ni siquiera la ven.

—No, quizá no —repuso Saeko con expresión malhumorada, espaciando las palabras—. Pero la imagen de un desconocido acercándose a la casa es siniestra. Avanza con paso imponente, los ojos clavados en un punto. Una vez estuve mirando desde la cocina. Y sentí realmente pánico.

—Eres demasiado impresionable.

—Sí, tal vez.

—¿Has leído la historia de la rata en el periódico esta mañana?

Saeko negó con un movimiento de cabeza, sin decir nada.

—Un hombre atrapó una rata que corría por su casa y la arrojó a una hoguera, en el exterior. Entonces, la rata, ardiendo, corrió hacia dentro, hizo que prendiera el fuego y la casa se quemó hasta los cimientos.

—¿Y eso tiene algo que ver con lo de la expendedora automática?

—Pues no lo sé. Me ha parecido que sí.

Tras formular estas palabras en tono inseguro, Shun'ichi se dirigió al cuarto de baño. Se miró en el espejo y se pasó repetidas veces la palma de la mano por la parte posterior de la cabeza en ademán de atusarse el pelo. Unos instantes después, al salir:

—Vamos, que no es bueno preocuparse demasiado —dijo como si quisiera zanjar el asunto—. Aquel hombre se irritó porque la rata corría por su casa y, con ello, lo único que logró es que la ira se volviese en su

contra. Creo que hay una relación muy clara entre una cosa y otra.

—Te he dejado los calcetines nuevos ahí.

Shun'ichi se sentó sobre el tatami del cuarto de estar y empezó a enfundarse unos calcetines por estrenar. La etiqueta aún estaba adherida al talón. La arrancó y se quedó mirándola con curiosidad.

—Estos calcetines los ha diseñado Kanebô, los ha puesto a la venta Fukusuke y, encima, son *made in China*. ¡Todo un ejemplo de globalización económica!

—Toma. El almuerzo.

—¿Has vuelto a superarte en tus creaciones?

—Sorpresa. Tendrás que esperar a abrirlo.

Mientras introducía el almuerzo en la cartera, dijo:

—De aquí en adelante, también nosotros deberíamos tener una visión global de las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes: «Así fue ayer, igual que hoy».

—¿Cómo?

—Shimazaki Tōson*.

—¡Ah, ya! ¿Y dónde está lo global?

—Pues en que uno debe vivir como le parezca, a su aire, sin inquietarse por menudencias. Es la única forma de que los seres humanos podamos coexistir los unos con los otros.

Saeko asintió con aire distraído y dirigió los ojos hacia el televisor del cuarto de estar.

—Como no te des prisa, vas a perder el tren.

—Tranquila, y a tu aire... ¿De acuerdo?

Su marido le había hablado con énfasis.

—De acuerdo —repuso ella, sonriendo.

—Bueno, me voy.

* Poeta y novelista japonés (1872-1943). (*Todas las notas son de la traductora.*)

Tras abrir la puerta y salir, Shun'ichi se giró como si se le hubiera ocurrido algo de repente:

—¡Ah! Y con el almuerzo no hace falta que te esmeres tanto —dijo—. Unos platos tan artísticos casi te da pena comértelos.

—Lo hago porque me gusta. Tú cómetelos tranquilo.

—Aun así, es una lástima...

—Adiós.

—Adiós —repuso Shun'ichi con expresión dubitativa.

Una vez hubo desaparecido la figura de su marido, Saeko alzó los ojos al cielo que se extendía ante la casa. En el claro cielo de otoño, no flotaba ni una nube.

Había transcurrido casi un año desde que se habían mudado a la casa. Se la habían subarrendado a sus tíos, quienes habían decidido dejar la casa de alquiler donde habían vivido largos años y mudarse a un piso en las afueras, aprovechando que sus hijos se habían independizado. Sin embargo, a la antigua propietaria, una anciana señora viuda que vivía sola en una casa vecina, le horrorizaba la idea de solicitar, a aquellas alturas, los servicios de una agencia inmobiliaria y tomar como inquilinos a unos desconocidos, de modo que le suplicó a la tía que no dejara la casa. Llegó a decirle que no hacía falta que pagara el alquiler y, como a lo largo de veinte años la casera jamás había puesto mala cara cuando le habían pedido hacer reformas, la tía quiso acceder a sus deseos, decidió seguir alquilando nominalmente la casa y le planteó a Shun'ichi la cuestión.

—Esa señora no va a vivir décadas —dijo la tía con su franqueza habitual, intentando persuadir a Shun'ichi—. Además, sus hijos quieren meterla en una residencia o algo por el estilo. Y entonces vosotros tendríais que iros. O sea

que en cualquiera de los casos no sería por mucho tiempo. Pero, mientras tanto, sólo tendríais que pagar un alquiler simbólico y podríais ahorrar para la entrada de un piso o de una casita.

Convencidos por su tía, decidieron alquilar la casa, dejaron su antiguo apartamento y se mudaron. Tenían tan poco equipaje que, para el traslado, les bastó una furgoneta. Como la nueva vivienda de los tíos contaba ya con la mayor parte de los muebles, pudieron disponer de las viejas cómodas y alacenas de la casa. Saeko se había instalado en el piso donde vivía Shun'ichi de soltero y, aunque en una ocasión, tras la boda, se habían mudado a otro lugar, cada vez que lo necesitaban volvían al piso de soltero de Shun'ichi de manera provisional, de modo que nunca habían amueblado su hogar como era debido. Les fue muy útil poder disponer de unos muebles sólidos, aunque estuviesen algo viejos. Saeko, en especial, se alegró de tener espacio de sobra para guardar la vajilla y la ropa.

La casa se levantaba en un cruce en forma de T, en el punto donde la calle que conducía a la estación de los ferrocarriles privados confluía con un callejón estrecho. Al otro lado de la calle, en el lado sur, tras un largo muro de cemento, había una factoría que fabricaba piezas para una gran compañía automovilística y, como ésta operaba las veinticuatro horas del día, en el amplio solar, incluso a altas horas de la noche, había siempre encendida una lámpara de mercurio. Y, bañadas por su luz blanquecina, se alineaban tres máquinas expendedoras. Dos de tabaco y, una de té, café y otras bebidas.

Por lo visto, un comerciante había consultado a los tíos acerca de esas máquinas justo cuando éstos acababan de trasladarse a la casa. Ellos lo habían discutido con la casera y, como ésta les había dado carta blanca en el asunto, habían decidido instalar, justo en el cruce, a modo de prueba, una máquina expendedora de tabaco. Acordaron que tanto la gestión de la máquina como el repuesto de la

mercancía correrían a cargo del comerciante y que los inquilinos de la casa no debían tocarla. A cambio, iría a parar a sus bolsillos algún dinero en concepto de gratificación o indemnización.

Al parecer, los beneficios de la máquina expendedora no defraudaron las expectativas del comerciante. Tal como confesó la tía a Shun'ichi, según lo que había logrado sonsacarle al encargado de reponer el género, recibían una suma irrisoria en relación a los beneficios que obtenía el comerciante y ella sentía que éste les estaba tomando el pelo, de modo que, aprovechando que su hijo menor había empezado a ir al parvulario, se planteó gestionar ella misma la máquina.

Primero compró el aparato y adquirió el género conforme a las ventas. Y, cuando amortizó la primera máquina, compró una segunda. Justo en aquella época, habían empezado a construir viviendas en el nuevo barrio, al fondo, con lo cual, el tránsito de la calle era mayor que antes y aún seguía creciendo. Las dos máquinas produjeron unos ingresos superiores a lo previsto. La tercera era una máquina expendedora de bebidas, pero el consumo eléctrico era muy alto en relación a las ventas y no producía tantos beneficios como las de tabaco. Por otra parte, en los últimos tiempos, como reflejo de las nuevas tendencias sociales, las ganancias por la venta de tabaco se habían reducido considerablemente, aunque seguía siendo más rentable gestionar una máquina que realizar un trabajo de media jornada.

Al principio, cuando se trató el tema del traspaso de las máquinas, la tía le pintó a Saeko el balance en colores sombríos. El fabricante pretendería suministrarle el género según sus propios cálculos, le dijo la tía. Rechazarlos y abastecerse a discreción supondría entablar duras negociaciones, lo que no era nada fácil. Por lo tanto, la tía le aconsejaba confiar la gestión a un comerciante. De este modo, a cambio de soportar algunas molestias, cada mes

podrían recibir algún dinero. Saeko se mostró —de forma sorprendente, incluso a ojos de Shun'ichi— muy receptiva hacia este negocio suplementario. Cara al futuro, dijo, quería ahorrar algo de dinero. No conocía los trucos de una negociación, ni cómo llevar el negocio, pero deseaba aprender. Y quería que se lo enseñara todo. Insistió en un tono que no admitía replica. «¡De acuerdo! Si eso es lo que quieres», le dijo al final la tía, interesándose a su vez.

Como resultado de la deliberación de ambas mujeres, por lo pronto, decidieron arrendar las máquinas al fabricante, y Saeko empezó a encargarse de reponer los productos. Porque, si bien adquirir las máquinas tenía, por una parte, la ventaja de poder disponer libremente del surtido de género, resultaba, por otra, muy pesado contabilizar detalladamente los ingresos y los gastos mensuales cara a los impuestos. Si las arrendaban, los gastos pasaban a ser asunto de la empresa y ellos sólo debían declarar los ingresos. Claro que, en este caso, se veían obligados a cargar la máquina con el género que disponía el fabricante. Con todo, concluyeron que ni siquiera la tendencia de éstos a suministrar mayormente tabaco de producción nacional les representaría una gran merma en los ingresos.

De este modo, en la vida de Saeko empezaron a soplar los vientos de la economía en forma de gestión de las máquinas expendedoras. Reponer género mañana y noche, adquirir la mercancía una vez a la semana, pagar el arrendamiento y el suministro de género a final de mes: tareas que se repetían día tras día, resultados que se concretaban cada semana, cada mes.

A Shun'ichi le parecía muy positivo que la conciencia de Saeko se abriera al mundo exterior.

Reponer el género de las tres máquinas justo al levantarse por las mañanas se convirtió en la rutina diaria de

Saeko. El tabaco y las bebidas se vendían bastante durante la noche y, por la mañana, siempre había encendidas varias luces indicando que el producto se había agotado. Saeko temía que, si había muchas marcas con la luz encendida o si éstas permanecían así durante mucho tiempo, los ingresos que debían engrosar las arcas familiares acabasen menguando y, por lo tanto, intentaba reponer el producto lo antes posible. Shun'ichi se había burlado varias veces de su diligencia diciéndole que, al menos, desayunara primero. Saeko esgrimía, entonces, razones muy suyas, diciendo, como si hubiera estudiado sus hábitos, que la mayoría de oficinistas del barrio nuevo del fondo pasaban por delante de la casa cuando se dirigían a la estación para ir a trabajar y que, entre éstos, no eran pocos los que se detenían a comprar una lata de café o un paquete de tabaco con la intención de consumirlos antes de subirse al tren.

—Y si esperara a después de desayunar, perdería esos clientes.

—Pero no todos los productos están agotados. Pueden comprar de los que aún quedan, ¿no? —decía Shun'ichi con un tono carente de seguridad.

—Nosotros no somos los únicos que tenemos máquinas. Y si encuentran siempre las luces encendidas, se acostumbrarán a ir a comprar a otra parte.

Ante estas palabras, Shun'ichi se quedaba sin razones que dar. Se limitaba a asentir con un movimiento de cabeza, como si dijera: «¡Ah, ya!», medio convencido, medio escéptico, pero dándose por vencido ante los argumentos de su esposa.

De modo que Saeko madrugaba mucho e, incluso los días festivos, raramente se levantaba pasadas las seis. Aún no había amanecido cuando abría las máquinas y, tras reponer el género, empezaba a preparar el desayuno. Los días laborables, antes de despertar a Shun'ichi a las siete, ya casi había terminado de preparar el almuerzo que su marido se llevaba al trabajo. No por ello se acostaba tem-

prano. Permanecía junto a Shun'ichi en la sala de estar contemplando la anodina pantalla de la televisión hasta que su marido le decía: «¿Vamos a la cama?» y, a veces, incluso después de que éste se durmiera, permanecía en pie hasta tarde revisando la contabilidad u ordenando los recibos. Si él manifestaba su inquietud, ella reponía sonriendo: «¡No pasa nada! A veces hago la siesta», despreocupándose por su salud. Por eso, en los últimos tiempos, a fin de preservar las horas de sueño de su esposa, Shun'ichi intentaba acostarse lo antes posible.

A las ocho, Saeko despedía a su marido y desayunaba sola. Sólo entonces, finalmente, se relajaba. A pesar de ello, mientras estaba en casa, el trabajo parecía no tener fin. A la mínima que se alargara un poco en la limpieza y en la colada, ya era mediodía. Cuando le apetecía, daba vueltas en su cabeza a lo que Shun'ichi llamaba «almuerzos artísticos». Todo empezó un día en que lo descubrió en una revista y le pareció interesante. Sin dilación, dibujó *El grito*, de Munch, sobre el arroz utilizando algas verdes, *denbu*^{*}, huevas de bacalao, huevo hilado y demás. En los últimos tiempos, se había convertido en su pasión.

Tras un frugal almuerzo compuesto de los restos de la cena, estaba haciendo punto cuando apareció Izumi, su hermana menor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Izumi, interesándose por su salud, mientras se quitaba los zapatos en el recibidor.

—De momento, no tengo náuseas. Estoy pasando un embarazo muy bueno.

Tras ofrecerle un cojín para sentarse, Saeko desenvolvió la caja de dulces que le había traído Izumi.

—He pensado que era preferible algo ligero.

Dentro de la caja había sorbetes de fruta.

* Tiras de pescado adobado con salsa de soja, azúcar, sake dulce y tostado.

—Gracias. Pero no tenías por qué molestarme, mujer. ¿Te apetece uno?

Saeko trajo una cucharilla de la cocina.

—¿Y tú?

—Yo no voy a tomar nada.

Tras decir, espaciando las sílabas: «*Itadakimaaasu*»*, Izumi hundió la cucharilla en un sorbete de kiwi.

—¿Hoy no trabajas?

—Pues ya ves. A estas alturas, aún estoy tomándome, fraccionadas, las vacaciones de verano —dijo Izumi, con los codos hincados en la mesa, tomando pequeñas porciones de helado con la punta afilada de la cucharilla.

—¡Vaya! Pues debes de estar muy ocupada, ¿no?

—¡Tú dirás! Tengo que endilgar cosméticos caros a mujeres convencidas de que un nuevo color de lápiz de labios va a cambiar sus vidas. Ya sabes: «Un trazo de sombra en los ojos dotará a su mirada de un halo de misterio». Aunque, en realidad, les siente fatal.

Saeko soltó una risita. Contrastando con el carácter retraído de su hermana mayor, Izumi había sido, desde pequeña, muy despreocupada. Había plantado cara a sus padres, aunque era, a la vez, muy zalamera. Con todo, no resultaba antipática. Saeko envidiaba su carácter.

—¿Y cómo está tu marido? —preguntó Izumi como si se acordara de repente.

—Como siempre. Ya lo conoces. Dice que está tranquilo, que todo va bien, pero yo diría que las cosas no son nada fáciles para él.

Saeko expresó, indirectamente, su preocupación por Shun'ichi.

Izumi se limitó a decir: «¡Vaya!» y siguió tomando el helado con expresión ausente. De repente, alzó la cabeza y preguntó:

* *Itadakimasu*. Expresión que se dice antes de empezar a comer.

—¿Puedo tocarte la barriga?

—Claro —asintió Saeko, confusa.

Izumi alargó medrosamente la mano hacia el vientre de su hermana mayor.

—Apenas ha crecido —dijo Izumi, decepcionada—. Quizá no se note porque estás delgada.

—La barriga empieza a aumentar a partir del tercer mes, más o menos.

—Entonces, aún falta un poco.

En vez de asentir, Saeko tomó suavemente la mano de su hermana y la apartó de su vientre. Luego, encauzó la conversación hacia el marido de Izumi.

—¿Y Toshio? ¿Está bien?

—Sí, gracias —respondió Izumi en un tono muy formal—. ¿Sabes? Últimamente gana bastante jugando a la bolsa en Internet.

—¡Qué bien!

—Dice que gana más con eso que con su trabajo. Así que quiere dejar la oficina.

—Ah, claro.

—¿Y tu marido no juega?

—¿A la bolsa? ¿Él? ¡Qué va! Él no sirve para eso —dijo Saeko sonriendo—. Es del tipo de personas que se salta la sección de economía del periódico. Piensa que lo más fiable es un seguro de vida de Correos.

—Fiable es, claro. Pero no da dinero.

—Eso parece.

—¡Vaya par! Sois tal para cual —dijo Izumi atónita.

—Nosotros no servimos para eso.

—Eso no puedes decirlo hasta que lo pruebas.

—Ya —concedió Saeko.

—Se trata de encontrar la ocasión —dijo Izumi—. Toshi-chan nunca había sido un entusiasta de la bolsa. Pero cuando, pasados unos años, fue a cambiar los cheques de viaje que nos habían sobrado de la luna de miel, se encontró con que había comprado los dólares a noventa

yenes y que habían pasado a valer unos ciento treinta —Izumi miró fijamente a su hermana como si le dijera: «¿Qué te parece?».

—No entiendo mucho de eso, pero diría que ganó, ¿verdad? —dijo Saeko con aire inseguro.

—Pues claro que ganó —dijo Izumi—. Los cheques que sobran le habían costado unos cincuenta mil yenes y ganó veinte mil.

—¡Fantástico!

—¿Verdad que sí? Al principio, yo tampoco entendía mucho de acciones, pero, a la que te acostumbras, es más fácil de lo que parece.

Tras volver a tapar el recipiente del sorbete que acababa de comer, dejándolo tal como estaba, Izumi se secó las comisuras de los labios con el pañuelo de papel que le tendía su hermana. Luego añadió con seriedad:

—Es que necesitábamos el dinero —dijo dirigiendo a su hermana una mirada blanda.

—Ya —dijo Saeko desviando los ojos—. Pero no siempre sale bien, ¿no? —añadió con desapego.

—Por eso Toshi-chan se puso a estudiar.

Izumi sacó la polvera del bolso y se repintó los labios frente al espejito. Mientras contemplaba distraída los gestos de su hermana, Saeko dijo:

—Mi marido no sirve para esos estudios de los que hablas.

—¡Vamos! ¡Pero si es especialista en informática! Hoy en día, casi todas las transacciones se hacen por Internet, así que una persona que entienda de eso tiene ventaja.

—Por más conocimientos que pueda tener, es el tipo de persona que jamás sacará dinero de ellos.

Saeko acompañó a Izumi a la estación y, de paso, aprovechó para hacer la compra. A ambos lados de la calle

se sucedían los pequeños comercios como la pescadería, la carnicería, la verdulería o la bodega, de modo que, recorriéndola de punta a punta, podía adquirir casi todos los productos que necesitaba. En el barrio nuevo había un supermercado, pero ella prefería comprar en las pequeñas tiendas de toda la vida. El pescadero le había enseñado a la recién llegada Saeko los secretos de cocinar el pescado, y el joven dueño de la verdulería le regalaba una o dos patatas o *satoimo** cada vez que iba a comprar. Atraída por estas sencillas atenciones, encaminaba sus pasos de manera natural hacia el mercado.

En cuanto acababa de preparar la cena, solía regresar su marido, siempre a la misma hora. Excepto cuando tenía un compromiso difícil de eludir, Shun'ichi intentaba volver directamente a casa al terminar el trabajo. Para empezar, no le gustaba demasiado beber. Además, su tarea fundamental en la empresa consistía en hacer programas de informática, por lo cual no estaba obligado a agasajar a los clientes. A lo sumo, se trataba de ir a tomar algo con los compañeros, después de trabajar, al bar que éstos frecuentaban, pero, como incluso a esos pequeños festejos rehusaba ir dos veces de cada tres, a partir de un cierto momento acabaron invitándolo sólo en contadas ocasiones. Como era afable y buen trabajador, no resultaba antipático ni a sus jefes ni a sus subordinados, aunque el mismo Shun'ichi era consciente de que los demás no se sentían cómodos en su presencia. Pero, en su fuero interno, esto le producía más alivio que sensación de soledad.

Sólo que, año tras año, sentía mayor incertidumbre hacia su trabajo. A los veintitantos, estaba convencido de que seguiría en su puesto de ingeniero hasta cumplidos los cincuenta. Sin embargo, al pasar los treinta, había empezado a percibir sus propias limitaciones de modo gradual.

* *Satoimo*. Colocasia.

A la hora de montar el mismo programa, no podía rivalizar con los jóvenes recién salidos de la universidad. Ellos poseían una flexibilidad y agudeza que el cerebro de Shun'ichi había empezado a perder. A la hora de aplicarlos, sus programas estaban dotados de una ligereza que no tenían los que había montado, con toda lógica, Shun'ichi. Sin embargo, esas desventajas podía suplirlas con la experiencia. El problema fundamental residía en él mismo.

«El trabajo de programador no se basa sólo en la facilidad de estructurar y en la inventiva. El proceso requiere poder de concentración y paciencia. Y los míos, ahora, están declinando. Quizá, por edad, haya llegado el momento de pasar al departamento comercial. En esta época de progresos cada vez más rápidos, es preciso asimilar continuamente conocimientos sobre tecnología punta. Un retraso de medio año es difícil de salvar. Antes o después, llegará el día en que quedaré descolgado en conocimientos técnicos. Cuando llegue la hora, ¿habrá en la empresa un puesto para mí?» Dándole vueltas a estas consideraciones, acababa sintiéndose como un deportista al que le hubiese llegado la hora del retiro.

Al volver a casa, encontraba los cuencos y los palillos alineados sobre la mesa del comedor. Por lo general, tras cambiarse de ropa, desplegaba sobre la mesa la edición matutina del periódico que no había tenido tiempo de leer. Poco después, Saeko se acercaba con una lata de cerveza sobre una bandeja.

—Hoy ha venido Izumi —dijo levantando la anilla con las uñas.

—¿Por algo concreto? —preguntó Shun'ichi cogiendo un vaso pequeño.

—Al parecer, sólo ha venido a ver cómo iban las cosas —y, poco después, añadió—: Dice que Toshio ha ganado bastante dinero a la bolsa.

—¿Ah, sí?

—Y ha preguntado si tú también juegas.

Shun'ichi reflexionó unos instantes.

—No, yo no —dijo—. Eso funciona de manera que, para que uno gane, otro tiene que perder. Y está cantado que yo sería el primero en caer. No me negarás que es una estupidez perder sólo para que Toshio pueda ganar.

—Ahora que lo dices, tú también tenías acciones de la empresa, ¿verdad?

—Sí. Compré algunas de las destinadas al personal de la compañía. Por compromiso, podríamos decir.

—¿Y están altas?

—¡Qué va! —dijo Shun'ichi riendo—. Tal como van las cosas, cada vez cotizan menos.

—¿Y por qué las conservas? —preguntó Saeko con cara seria—. ¿No puedes venderlas?

—Claro que puedo. Pero sería como dejar a tu propia empresa en la estacada.

—Pero si quebrara, sólo serían papelotes, ¿no?

Shun'ichi enmudeció. Saeko prosiguió con un tono carente de malicia:

—Dice que noventa yenes se convirtieron en ciento treinta.

Repitió a su marido, una por una, las palabras de Izumi.

Shun'ichi, con una sonrisa forzada, dijo:

—Le ha ido bien porque eran cheques de viaje. Se había medio olvidado de ellos y, en un momento dado, subieron. Pero es muy distinto mover dinero contante y sonante.

—Él sabe muy bien lo que se hace.

—Yo tengo un compañero que también dejó la empresa.

—¿Por la bolsa?

—Sí, pidió un préstamo a una sociedad de valores y especuló con el capital, pero acabó devaluándose, casi diez millones de yenes, y él tuvo que cubrirlo con el dinero de la jubilación.

—Espero que a Toshio le vaya bien —dijo Saeko con el rostro ensombrecido de repente.

—Es muy prudente. Seguro que a él no le pasará nada parecido.

—¿No sería mejor advertirle?

—¿De lo que le ha ocurrido a ese pobre infeliz? Eso no lleva a ninguna parte.

—Lo que le suceda a Izumi no nos es ajeno —dijo Saeko dirigiendo una mirada a su vientre, que apenas abultaba.